

*López Meyer, Cristina; Roitberg, Humberto*

## La universidad del nuevo milenio, ¿estado o mercado?

---

### III Jornadas de Sociología de la UNLP

*10 al 12 de diciembre de 2003*

*Cita sugerida:*

*López Meyer, C.; Roitberg, H. (2003). La universidad del nuevo milenio, ¿estado o mercado?. III Jornadas de Sociología de la UNLP, 10 al 12 de diciembre de 2003, La Plata, Argentina. La Argentina de la crisis: Desigualdad social, movimientos sociales, política e instituciones. En Memoria Académica. Disponible en:  
[http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab\\_eventos/ev.6950/ev.6950.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.6950/ev.6950.pdf)*

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.  
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

## **LA UNIVERSIDAD DEL NUEVO MILENIO, ¿ESTADO O MERCADO?**

**Cristina López Meyer**

**Humberto Roitberg<sup>1</sup>**

### **Resumen**

La revolución científica y tecnológica, la globalización de la economía y las políticas neoliberales que se aplicaron en nuestro país, han iniciado en el ámbito universitario, un debate sobre que reformas debe encarar la universidad para poder responder a las nuevas demandas que le plantea la sociedad.

El histórico enfrentamiento sobre que modelo de universidad debería tener nuestro país, cobró nueva actualidad: la Universidad Profesionalista que forma profesionales para responder a las necesidades del mercado o la Universidad Científica que propone el desarrollo de la investigación en el seno de las instituciones de enseñanza superior, integrándose con la docencia. Pese a la declamada superioridad del segundo modelo, el proyecto neoliberal de los '90 planteó para la universidad una función claramente instrumental: las casas de altos estudios tenían que formar los técnicos, gerentes, administradores, planificadores que necesitaban las grandes empresas. Es decir la universidad tenía que priorizar la formación de recursos humanos que el "mercado" demandaba.

Esta lógica empresarial, aplicada al ámbito universitario, deja de lado otras funciones fundamentales que la universidad debería considerar que van más allá del otorgamiento de un número limitado de títulos profesionales. Muy por el contrario, debería ser una palanca para el desarrollo económico, socialmente integrador. Impulsar

---

<sup>1</sup> Cristina López Meyer, Profesora de Historia, UBA. Profesora Adjunta de Introducción al Conocimiento Capital de la Sociedad y el Estado, Ciclo Básico Común, UBA. [clopezmeyer@hotmail.com](mailto:clopezmeyer@hotmail.com), ,

la generación, modificación, adaptación y difusión de conocimientos científicos y tecnológicos así como ampliar las capacidades de comprensión del mundo y de expresión en las múltiples dimensiones de la persona. Desde la óptica de un país cuyo futuro requiere el desarrollo y la complejización de actividades hoy basadas casi exclusivamente en una industrialización de abundantes recursos naturales, el accionar universitario debe ser visualizado como un instrumento estratégico de desarrollo sustentable a largo plazo.

## **Introducción**

“Tal vez el problema central de la discusión en torno a la universidad del nuevo milenio sea el vinculado con la significación que esa institución tiene para el hombre y la sociedad actuales. Ante la aceleración que han adquirido las transformaciones en todos los campos del quehacer humano, la universidad debe plantearse cuáles son los roles fundamentales que está llamada a desarrollar: ¿Deberá seguir cumpliendo la función de difundir la cultura, e insertar en problemáticas más amplias a los jóvenes que integrarán la dirigencia del país?, ¿Es su principal objetivo la producción de conocimiento de avanzada?, ¿Es la universidad una institución destinada a proporcionar formación profesional para satisfacer las demandas de un mercado laboral en

transformación? ¿De qué manera puede la universidad influir más directamente en la evolución social?”<sup>2</sup>

Responder a estas preguntas nos plantea como tiene que posicionarse la universidad ante uno de los mayores desafíos estratégicos que debemos enfrentar como país: resolver como queremos ubicarnos en la sociedad global del conocimiento que surge asociada a un nuevo paradigma tecnológico cuyo ritmo de transformación es vertiginoso y abre un futuro de incertidumbre

### **1.-El cambio tecnológico, la globalización, modelos de desarrollo sustentable. La respuesta de la universidad**

La nueva etapa de la economía mundial surge con el nombre de “globalización”. El término es desde ya sugestivo, dado que nace de la idea de la “aldea global”, su sentido original no hacía referencia ni a la economía, ni al neoliberalismo, ni al derrumbe del bloque soviético, sino a las nuevas posibilidades que ofrecían las técnicas de telecomunicación. La globalización de la aldea tierra no implicaba originariamente un mundo unipolar, sino la posibilidad de compartir todo tipo de información y tecnologías más allá de las fronteras, no implicaba mayor dominio sino una distribución más equitativa del conocimiento y junto con él, del poder.

La ansiada “globalización” se produjo en otras direcciones, y esto hizo que los desafíos cambien. Ahora los países deben resolver cómo ubicarse en esta nueva realidad de dominio casi unipolar y “omnívoro” y de constante y vertiginoso cambio científico y

---

<sup>2</sup> Jaim Etcheverry, G “En la era del dinero”. Revista Encrucijada, Universidad de Buenos Aires, N° 12 ,

tecnológico. Se abre un futuro de incertidumbres, pero se demuestra, por la dependencia de las nuevas tecnologías –y esto en todos los campos, desde la genética en la agricultura o la medicina, hasta la informática y las telecomunicaciones en el desarrollo de cualquier conflicto bélico, o el uso de nuevos materiales en medios de transporte– que el futuro nos señala una única certeza: el desarrollo económico, social, político, militar, medicinal, y de cualquier otro campo que pueda imaginarse, depende cada vez más del conocimiento científico. La competitividad de cualquier economía, la viabilidad de cualquier desarrollo social, el devenir de todo proceso político, tienen una relación cada vez más estrecha con el avance científico y tecnológico.

En este contexto, la educación –de todos los niveles– tiene un papel central para garantizar que se adquieran, generen y consoliden los conocimientos y las capacidades necesarias para que una sociedad se desempeñe en el contexto actual. Su abandono, en cambio, compromete el futuro de una sociedad por varias generaciones. La innovación tecnológica necesaria para estar a la altura de la situación actual, requiere desarrollar políticas que se centren en la educación, tanto en la difusión como en la creación de nuevos conocimientos. Estas políticas comprometen al sistema educativo en el nivel terciario y dentro de éste, muy especialmente al sector universitario. No sólo aparecen como relevantes los avances en el conocimiento de las ciencias “duras”, o de aquellas que aparenten tener más rápidas aplicaciones en el desarrollo de nuevas tecnologías, sino que también importa desarrollar las ciencias sociales y por supuesto, también la investigación “básica” o teórica. Es que en realidad, no se puede anticipar ni en qué nivel ni en qué área surgirán los conocimientos que sirvan de insumos a nuevas

tecnologías ni qué conocimientos sociales serán relevantes para desarrollar nuevas políticas.

Por ello nos encontramos ante una decisión política importante que es central en la discusión acerca del modelo de país y de sociedad en que se desee vivir. ¿Deseamos un país socialmente justo, integrado económicamente, generador de riquezas -y conocimientos- equitativamente distribuidos? Una respuesta afirmativa nos obliga repensar qué lugar se le asignará al sistema educativo, a la ciencia y a la tecnología, a las instituciones universitarias, a los institutos y laboratorios de investigación universitarios y no universitarios, cómo se articularán éstos institutos con otros organismos oficiales y con las empresas (privadas o estatales). En tal proyecto, debemos tener claro la diferencia conceptual entre gasto e inversión. Si lo pensamos como un gasto, la consecuencia necesaria es tratar de minimizarlo. Si vemos en ello una inversión para nuestro futuro, la consecuencia necesaria es tratar de encontrar los caminos más correctos para que esta inversión se realice de la manera más productiva, atendiendo a los mejores modelos organizacionales, y así avanzar en la construcción de un país democrático, soberano, competitivo, cohesionado por una mejor calidad de vida compartida.<sup>3</sup>

Por ello, el debate sobre la educación no puede reducirse a satisfacer la demanda con el mínimo gasto público, o iniciar políticas de ayuda focalizadas únicamente en las necesidades de los estudiantes más necesitados, que partan de modelos económicos eficientistas que evalúen la relación costo/efectividad. La idea central no es sólo aliviar la situación de los más pobres con más educación primaria o simplemente permitir su

acceso y continuidad en el sistema educativo otorgando subsidios y becas. La idea central es crear un sistema educativo de alta calidad, y que el acceso y permanencia no dependa de la buena o mala fortuna familiar. Esto no sólo es una cuestión de justicia social o educativa, es simplemente una necesidad imprescindible para el desarrollo nacional, es una inversión que de realizarse nos reubicaría favorablemente en el concierto de naciones. Rehacer el sistema educativo, dándole el énfasis necesario al nivel superior, implica también la urgente reestructuración del nivel primario y medio. Y esta inversión no sólo es condición de la justicia social y la democracia, sino también es una condición de la competitividad económica<sup>4</sup>.

Definir políticas de este tipo necesitan de la participación activa de la sociedad, de la presencia del Estado e implican no sólo actuar en respuesta a los organismos internacionales (léase Banco Mundial) o a los intereses de las grandes empresas, sino diseñar, discutir, debatir y definir políticas de Estado. Y va de suyo que este tipo de decisiones acerca de nuestro futuro no puede ser dejada en manos de representantes de corporaciones, intereses particulares o cúpulas tecnocráticas, sino que debe informarse e involucrar a todos los sectores que son actores del sistema o que resultaran afectados por una decisión de tal calibre. Y como los afectados serán toda la sociedad, es toda ella la que debe involucrarse en este tipo de toma de decisiones.

## **2.-La universidad y el mercado.**

---

<sup>3</sup> Coraggio J. L., Vispo, A. "Contribución al estudio del sistema universitario argentino". Miño y Dávila, Buenos Aires, 2001, p 16,17

<sup>4</sup> Coraggio, idem, p19

Probablemente una de las falacias más difundidas en la sociedad actual, es que la lógica comercial y empresarial, al ser exitosa en ese campo específico, pueda utilizarse en todas las esferas del quehacer humano. La misma lógica eficientista, que parte de una simple relación costo/beneficio, útil para la empresa lucrativa, es hoy día aplicada en todo tipo de ámbito y lugar: en hospitales y sistemas de salud, iglesias y propuestas religiosas, en el ámbito de la educación y, por supuesto, en la universidad y la investigación científica. Por ello, la universidad parece tener que exhibir resultados mensurables y comercializables. Llegó la hora de demostrar la eficacia institucional en términos de complejas relaciones entre la inversión y los supuestos “productos”. Se espera, de esta forma, satisfacer a los supuestos “inversores” —o sea los contribuyentes—, mostrando un balance favorable. Y cuanto más importante es el “inversor-contribuyente” más derecho tiene a la queja y la demanda (a través de los medios de comunicación o del lobby). La sociedad de los ciudadanos se convierte así en una sociedad anónima, los contribuyentes actúan como accionistas, y cuanto más poderío económico poseen, más votos tienen en la asamblea de accionistas.

La lógica empresarial se ha incorporado así de manera acelerada a un territorio que hasta hace poco era sólo incumbencia de la ciudadanía. El eje del problema estaba ligado a valores culturales y académicos y no a los puramente materiales y comerciales. No se advierte, o mejor dicho, no quiere advertirse que es imposible y falaz aplicar la lógica de las empresas a un “producto” tan difícil de definir un “estudiante educado” o un “conocimiento significativo”, un “buen profesional”, o un “excelente investigador”.

En esta nueva realidad, muchas universidades (y también algunas escuelas primarias y medias) se están transformando en filiales de corporaciones transnacionales.



A veces, en el mejor de los casos, algunas son sólo meras sucursales locales de prestigiosas instituciones de otras partes del mundo. Pero en casos extremos, el ámbito universitario es simplemente “virtual”, tanto el “campus” como la biblioteca y el aula. El concepto de cultura se devalúa, cobra valor el de la “excelencia académica”. ¿Necesitamos adherir a estos valores y conceptos técnico-burocráticos? ¿Podemos creer que un estudiante que estudió a través de la pantalla de su computadora es “igual de estudiante” que uno que asistió a clases reales, sólo porque el certificado tenga el sello y membrete de una prestigiosa empresa universitaria, a la que su familia diligente y puntualmente abonó sus cuotas mensuales?. Esta supuesta universidad de la excelencia es seguramente una empresa comercial influenciada por las fuerzas del mercado. Es muy probable que esté más interesada en los márgenes de ganancia que en la generación de cultura, conocimiento y pensamiento crítico.

En el contexto de las economías globalizadas, del neoliberalismo y de la adhesión al Consenso de Washington, los Estados se vieron seriamente debilitados. El slogan “Estado chico, país grande” penetró en la gran masa de votantes, quienes luego, como ciudadanos, sufrieron en carne propia las consecuencias de estas políticas (en salud, en empleo, en nivel de vida, en jubilaciones, en seguridad, etc.). Una de ellas, es la disminución drástica de los presupuestos educativos. Así, las universidades se ven forzadas y estimuladas a buscar el apoyo económico de las empresas . Eso las lleva a “venderse” de una manera atractiva para las corporaciones, insistiendo en la “relevancia económica” que tiene la tarea que en ella se lleva a cabo. Cuando se tiene la fortuna de llegar al ansiado contrato ¿Cuál es la parte fuerte, la empresa que pone el dinero o la universidad que lo recibe? ¿Quién tendrá los beneficios de lo que se logre en las

investigaciones? ¿Quién fija la política de investigación? Universidad sin dinero en relación con empresa inversionista no parece ser una relación del todo simétrica, más bien suena a la imposición de “contratos de adhesión” a favor de empresas que tuvieron la suerte de dar con las empobrecidas universidades y sus desmantelados laboratorios.

Como se argumenta regularmente, la universidad debe adaptarse a los cambios en la sociedad, y en tal sentido debiera considerar seriamente cuál es la “salida laboral” de sus estudiantes. La idea parece ser que al egresar, los jóvenes profesionales debieran rápidamente encontrar inserción en el mercado laboral. La universidad debería así, adaptarse rápidamente a los nuevos tiempos. Pero ¿cómo es posible prever la demanda laboral de dentro de seis o siete años, si no se diseña previamente siquiera un modelo de país? Para poner un solo ejemplo, ¿alguien puede asegurar que los programas de computación hoy vigentes serán los utilizados en siete años? En tal sentido, correr por adaptar los programas a las demandas técnicas o económicas actuales no parece ser tan sensato como se lo plantea, y menos aún si eso va en detrimento de una sólida formación general.

Otra tendencia que marca el mercado es la superespecialización en las distintas profesiones. Las empresas necesitan profesionales que realicen tareas sumamente especializadas, y demandan que la universidad les provea de esa mano de obra. No importa si, con la velocidad que tiene el cambio tecnológico en la actualidad y con la rapidez con que determinadas habilidades dejan de ser útiles, los conocimientos parciales, tabicados, específicos, de esos profesionales, se vuelven obsoletos y no responden más a las necesidades del mercado. No se tiene en cuenta que formar esta mano de obra superespecializada ha llevado tiempo y ha costado una considerable

inversión del Estado. La función de la universidad, en todo caso, debería ser la de proporcionar a sus profesionales una formación básica, polivalente, que les permita adaptarse con facilidad a los cambios tecnológicos.

Es obvio que se pretende una buena inserción de los jóvenes en el mundo del trabajo, pero es necesario seguir considerando que las universidades “pretenden formar personas completas integrantes de una dirigencia que comparte una visión de la complejidad del mundo”, es decir, no sólo pretende formarse mano de obra calificada inmediatamente útil a los fines del mercado, sino que se deben formar también ciudadanos pensantes y reflexivos, porque sin duda el conocimiento es un aspecto central y condición necesaria para una plena ciudadanía.

Tenemos en nuestra tradición en el ámbito de la educación, heredera de la europea, un debate entre dos polos opuestos. Por un lado, las empresas económicas, con su objetivo manifiesto de ganancia monetaria, sin importar el producto con tal de que se obtenga el ansiado lucro en el plazo más breve posible<sup>5</sup>. En el otro polo, el sistema educativo en general y las universidades en particular, con poco interés en el costo, con tal de que el resultado de la educación tenga la calidad necesaria, ya sea por sus valores educacionales, culturales, científicos o tecnológicos. En este esquema, las instituciones públicas son totalmente “sin fines de lucro”. Esto incluye la gratuidad total de la enseñanza en todos los niveles. Razonado en estos términos, se presenta una dicotomía de oposición entre dos lógicas irreconciliables.

Con el avance de la ideas anglosajonas, especialmente a partir de los '80, esta frontera parece desdibujarse. Son muchos los que piensan que las universidades

---

<sup>5</sup> Como sintetizó en su momento Martínez de Hoz: “Es lo mismo producir acero que caramelos”.

debieran ser tratadas como empresas, y como vimos más arriba, sus resultados deben ser medidos con técnicas propias del mundo empresario. En este esquema, ya no habría espacio para los estudiantes más lentos o para las personas mayores, o para los de menores recursos –excepto que fueran casi superdotados-, pues en todos estos casos estaríamos ante un despilfarro de recursos. En este esquema, el eje del debate ya no se centrará en las estructuras académicas o la orientación de las universidades, el eje será el mercado y la reorientación de la educación en torno a esta lógica, que como ya se vio, es diferente al de la economía. Por lo tanto, sería acertado volver el debate al terreno al que pertenece, es decir, al de las políticas de Estado.

### **3.- La evaluación universitaria. ¿Calidad universitaria o eficiencia empresarial?**

La lógica empresarial que se difundió con fuerza avasalladora instaló en la sociedad la idea de que, para justificar su existencia, resulta imprescindible que la universidad exhiba resultados mensurables y comercializables. De allí que se aplique a la universidad y los estudiantes los mismo criterios con los que se juzgan la productividad y la eficiencia de la empresas que comercializan bienes, en este caso el bien sería la educación. Para demostrar la eficacia de la institución se emprenden evaluaciones de todo tipo para justificar ante los *clientes* -el Estado, los contribuyentes, las empresas- la inversión que se ha realizado. Parecería que no se advierte que resulta imposible aplicar la lógica de las empresas a un producto tan difícil de definir -un estudiante educado o un conocimiento significativo-. No es tarea sencilla distinguir

entre la educación y su certificación, entre pensar y procesar información, entre producir conocimiento y simplemente consumirlo

También los docentes e investigadores son objeto de este afán por evaluar, en este caso, el desempeño de sus tareas. Se afirma la tendencia a establecer la calidad de los profesores sobre la base de su *productividad*. Se establecen complejas relaciones entre la inversión y los supuestos *productos*, medida -no por la calidad de la investigación que se realice- sino por la cantidad de *papers* o congresos a los que el profesor concurre. “El mecanismo de evaluación que se ha instalado es un mecanismo disciplinador (...) El investigador que se adecue a las normativas y que, por ejemplo en lugar dedicarse tres años a esa tarea, a lo mejor lo que tienen que hacer es un paper rápido para publicar en una publicación extranjera, o no alcanza a hacer un desarrollo que se pueda patentar, por lo tanto no puede llegar a la casilla patentes. Los investigadores en ciencias sociales tenemos que rompernos la cabeza a ver que podemos patentar”<sup>6</sup>

Volvemos a lo dicho más arriba: un cierto tipo de lógica empresarial se expandió en un territorio que, hasta no hace mucho, estaba ligado a valores culturales y académicos y no a los puramente materiales y comerciales. Esto significa que las preguntas centrales para tener en cuenta cuando se evalúa una universidad remiten ahora a cómo bajar los costos, cómo obtener mayores beneficios, cómo ofrecer productos más tentadores, cómo satisfacer mejor los deseos del consumidor, cómo acceder a mejores presupuestos, cómo vender aquello que hasta ayer era gratuito. Así, una determinada universidad puede tener un estudiado “posicionamiento” en el mercado y apuntar a un

---

<sup>6</sup> Puiggros, Adriana, Entrevista, 5 diciembre 2002

cierto “target” de consumidores. En ese contexto, mucha veces, la accesibilidad a la playa de estacionamiento es tanto o más importante que la biblioteca (que de todos modos también puede ser “virtual”).

“Las universidades se están transformando en corporaciones transnacionales en las que la idea de la cultura está siendo reemplazada por el discurso de la excelencia. Deberíamos ser cautos en adherir rápidamente a este enfoque tecno-burocrático. Esta universidad de la excelencia es en realidad, una corporación movida por fuerzas de mercado y, como tal, está más interesada en los márgenes de beneficio que en el pensamiento”.<sup>7</sup>

#### Alumnos evaluadores

Como una más entre las empresas, la universidad actual persigue como principal objetivo la satisfacción de sus *clientes*, en este caso los alumnos, pues serían los potenciales proveedores de fondos. El supuesto interés de los estudiantes convertidos en clientes todopoderosos, ejerce una influencia decisiva sobre la orientación de la labor universitaria.

En el modelo de universidad impulsado por los organismos internacionales, los estudiantes son vistos como consumidores que definen la oferta curricular de acuerdo a los intereses del mercado de trabajo. Las universidades deben responder a esa *demand*a ya que las instituciones tienen la necesidad de atraer más matrícula, es decir más fondos.

---

<sup>7</sup> Jaim Etcheverry, Guillermo, *idem*, p41

Los alumnos son los que evalúan a los profesores y muchas veces la permanencia de los docentes, los programas que dictan, las calificaciones, están determinadas por la voluntad de estos alumnos. El estudiante se transforma así, no en una persona a la que hay que educar, sino en un cliente al que hay que complacer. Esta lógica de la evaluación de los profesores por los alumnos se ha empezado a implementar en nuestro país en algunas universidades privadas (UCES) y también en algunas universidades públicas, aunque en éstas últimas no podemos decir que la opinión de los estudiantes sea la que más se tiene en cuenta cuando se decide la evaluación de los docentes.

No negamos que los alumnos deban tener una participación relevante; pues ellos, como sujetos de la educación que la universidad quiere impartir, tienen derecho a que se reconozca su opinión sobre la formación que están recibiendo. Pero creemos que este criterio debe ser uno de los elementos a ser tenido en cuenta, y no el más importante, pues se corre el serio peligro de que para conformar al *cliente*, en este caso el alumno, el profesor se vea tentado a no ser imparcial en sus calificaciones, y utilizarlas para ganarse la benevolencia de los estudiantes, lo que le aseguraría la continuidad de su trabajo y/o el ascenso académico, pero no cumplir con el rol fundamental de un buen profesor: transmitir a los alumnos conocimiento, preocuparse por brindar una buena educación <sup>8</sup>.

#### **4.- El desarrollo tecnológico y la investigación. Los modelos de universidad**

---

<sup>8</sup> En los Institutos terciarios de la Prov de Buenos Aires, actualmente participan los alumnos en el organismo que selecciona y evalúa a los futuros profesores de ese nivel. Al ser una experiencia que comenzó a realizarse en el año 2002 para ciertos proyectos especiales, no podemos adelantar

El desarrollo tecnológico tiene un fuerte impacto sobre el trabajo, generando una rápida y profunda transformación de los perfiles laborales y profesionales. Surgen demandas de nuevas capacidades laborales (al tiempo que otras se vuelven obsoletas), a las que el sistema educativo, en todos los niveles, debe dar respuesta.

Dentro de un sistema de educación superior diversificado, las universidades juegan un papel cada vez más importante, en relación con la formación de profesionales altamente calificados y con la producción de conocimiento científico relevante desde el punto de las necesidades sociales y de su integración en sistemas de apoyo a la innovación y a la competitividad. En ambas dimensiones, las universidades se identifican con la ciencia y se distinguen de otras instituciones en el plano de la educación terciaria.

En efecto, la extensión y la complejidad de la base científica de la tecnología, así como la rapidez y la profundidad de su mutación, han provocado la necesidad de que aún aquellas carreras tradicionalmente técnicas o “profesionalistas” se involucren cada vez más en las actividades de creación y transmisión del conocimiento científico y tecnológico.

Estas consideraciones apuntan a destacar que es cada vez más difícil concebir en forma separada la creación de conocimientos tecnológicos y la formación de profesionales altamente calificados. Asimismo es necesario plantear en forma conjunta los problemas de la educación superior y los de la investigación científico-tecnológica.<sup>9</sup>

---

conclusiones, pero ya hemos tenido noticia de cómo algunos profesores apelan a la demagogia para ser elegidos para los cargos.

<sup>9</sup> Albornoz, Mario, “Qué hacer con la UBA. De la Universidad posible a la necesaria”, Diario Página 12, 16 de octubre de 1993.



Planteada la necesidad de la formación de estos profesionales, que se correspondan con el nuevo paradigma científico tecnológico, se presenta nuevamente la histórica polémica entre los dos modelos de universidad posible: la universidad científica y la profesionalista. El modelo de la universidad científica, goza de mayor prestigio porque promueve el desarrollo de la investigación en las instituciones de enseñanza superior, que luego se integra con la docencia. Se estimula la creación de conocimientos a través de la de investigación, luego estos conocimientos se vuelcan a las ciencias aplicadas y a la tecnología, y se difunden en todos los niveles de la sociedad. Así, la universidad contribuye e impulsa la modernidad.

Enfrentado con este modelo tenemos la universidad profesionalista, cuyo objetivo final es la formación de profesionales y técnicos que satisfagan las necesidades de las empresas, especialmente a partir del desarrollo tecnológico de las últimas décadas que requiere cuadros gerenciales cada vez más numerosos, más especializados, con una formación científica más compleja, imprescindible para poder administrar esas empresas.

En todas las declaraciones públicas, la universidad de la investigación es la que cuenta con más adhesiones, el modelo profesionalista ha sido desprestigiado y desdeñado, la capacidad de investigación de una universidad se considera como el mejor indicador de su excelencia. Pero con la crisis de financiamiento que padece el Estado en los países de América Latina y las consecuentes políticas de ajuste que impulsan los organismos internacionales, las universidades adoptaron con mayor

frecuencia el modelo profesionalista, que responde a las necesidades del mercado e implica un menor gasto público.<sup>10</sup>

El sector productivo de la Argentina no demanda profesionales para hacer investigación y, cuando los demanda, está buscando que su inversión sea rápidamente compensada. La universidad, debe plantearse proyectos de más largo alcance porque, si su lógica es responder a las necesidades del mercado, corre el serio peligro de que toda la producción académica termine siendo inducida por la demanda de las empresas. Es decir que se investigue aquello que se pueda convertir fácilmente en una mercancía. Si el sector empresarial, el sector productivo de nuestro país fuera moderno, capaz de solventar investigaciones de largo alcance sin buscar una rentabilidad inmediata, esto no sería tan grave, pero en las condiciones actuales, dejar que la investigación científica este dominada por los intereses de la empresas, nos llevaría, a corto plazo, a la desaparición o el condicionamiento de lo que se entiende por producción científica, cultural, artística. La producción científica, de por si débil en el contexto de una economía dependiente, tiende cada vez más a realizarse en estrecha subordinación respecto de las demandas de los sectores de la producción o a desplazarse directamente desde las universidades hacia los centros de investigación sujetos a control empresario.

Esto no significa que las universidades no deban colaborar con las empresas, citando a Adriana Puigros, ex Secretaria de Ciencia y Técnica de la Nación: "Yo creo que es perfectamente posible que un grupo de investigación haga un acuerdo con una empresa como para producir, hacer un desarrollo determinado sin que eso condicione todo lo que haga. También depende de nuevo de la voluntad, la fuerza, la posición de

---

<sup>10</sup> López Meyer, C-Roitberg, H. "Problemática de la Universidad pública. Calidad-evaluación;

los sujetos que negocian. No me parece que sea una cosa grave, en la medida en que no se pierdan los objetivos de investigación, los objetivos pedagógicos del grupo que hace el acuerdo con la empresa (...) lo mejor es blanquear la situación y que haya un sistema mucho más aceitado por el cual los acuerdos entre el sector público y el sector privado para investigación, sean acuerdos en base a normas”<sup>11</sup>.

Los universitarios son considerados, por una buena parte de la sociedad, un producto costoso, del cual solamente se requiere pequeñas cantidades y cuya formación masiva resulta una inversión ineficiente. La investigación científico tecnológica es señalada casi como un lujo para ser ejercida por el Estado. Si adoptamos esta lógica, la investigación quedaría relegada a pequeños grupos privilegiados instalados en el futuro en el campo privado respondiendo a las necesidades de las empresas.

Por todo esto se corre el serio peligro de que la universidad, presionada por las exigencias del mercado, abandone su función fundamental de formación de cuadros académicos capaces de reflexionar y trabajar sobre las utopías, la filosofía, el desarrollo de la ciencia (básica y aplicada), los proyectos sociales a largo plazo.

## **Conclusión**

Es preciso emprender un esfuerzo destinado a convencer a la sociedad de que la educación encierra valores propios y que no es sólo la clave de valores económicos. Deberíamos empeñarnos en fomentar en el seno de nuestra propia sociedad el desarrollo

---

financiamiento y mercado, en Iriarte, Alicia, “El laberinto de la educación superior en la Argentina de los noventa, Proyectos Editorial, Buenos Aires, 2002, p 69

<sup>11</sup> Puiggros, Adriana, Entrevista, 5 de diciembre 2002

de un clima cultural, hoy inexistente, que nos permita contar con una universidad que merezca el nombre de tal.

La tarea de la universidad no debería medirse solamente por el debe y el haber de sus graduados. Una buena universidad es la que ejerce una influencia cultural decisiva en su país. Durante los años 90, con la imposición de las políticas impulsadas por los organismos internacionales, la universidad se ha ido apartando de esa misión central, para adecuarse a las presiones de las fuerzas del mercado. El recorte del presupuesto obligó a que vuelque sus esfuerzos en la búsqueda desesperada de recursos<sup>12</sup>. Y en esa búsqueda está perdiendo mucho de lo que es su esencia. La universidad está siendo brutalmente despedazada por las fuerzas del mercado, que la transforman en proveedora de servicios educativos. Forma técnicos competentes, pero difícilmente pueda formar un grupo de personas que tenga una visión abarcativa del mundo y de su complejidad, y que tenga las herramientas como para intentar modificar esa realidad. Los logros que se habían obtenido en ese plano se han ido perdiendo en la búsqueda de espejismos de la excelencia y la superespecialización. Esos criterios están tomados de la empresa y no tienen mucho que aportar al ámbito universitario.

La función de la universidad va más allá del otorgamiento de un número limitado de títulos a una elite de profesionales; muy por el contrario, debería ser una palanca para el desarrollo económico, socialmente integrador. Impulsar la generación, modificación, adaptación y difusión de conocimientos científicos y tecnológicos así como ampliar las capacidades de comprensión del mundo y de expresión en las múltiples dimensiones de la persona. Desde la óptica de un país cuyo futuro requiere el

desarrollo y la complejización de actividades hoy basadas casi exclusivamente en una industrialización de abundantes recursos naturales, el accionar universitario debe ser visualizado como un instrumento estratégico de desarrollo sustentable a largo plazo.

No debemos perder de vista que las grandes universidades del mundo pretenden formar “personas” completas, integrantes de una dirigencia social que comparta una visión de la diversidad del mundo. Lo hacen proporcionando a sus alumnos las herramientas intelectuales apropiadas para comprender los grandes cambios que hoy se producen velozmente y para intentar encauzar el destino social.

## **BIBLIOGRAFÍA**

BRUNNER, José Joaquín. “Educación Superior en América Latina”, Santiago de Chile, FLACSO, 1991.

CAMILLONI, Alicia R.W. “La Universidad en tiempos de incertidumbre”. En Revista Encrucijada, Revista de la Universidad de Buenos Aires, Año 1 N° 1, 1995.

CAMILLONI, Alicia R.W. “Complejidad Superior”, Revista Encrucijada, revista de la Universidad de Buenos Aires, N°12,2001

CORAGGIO, José Luis – VISPO, Adolfo, coordinadores. “Contribución al estudio del sistema universitario”. Buenos Aires, Miño Dávila, 2001.

FILMUS, Daniel. “Estado , sociedad y educación en la Argentina de fin de siglo. Procesos y desafíos”. Buenos Aires, Troquel, 1996

---

<sup>12</sup> Una de las soluciones fue convertir estudios de grado (como licenciaturas) en posgrados, acortando la duración del ciclo de grado de las carreras. Así se logran cobrar estudios que teóricamente debieran ser gratuitos.

GOMEZ CAMPO, Víctor – TENTE FANFANI, Emilio. “Universidad y Profesiones. Crisis y alternativas”. Buenos Aires. Miño y Dávila, 1989

IRIARTE, Alicia, compiladora. “El laberinto de la educación superior en la Argentina de los noventa. Universidad, Estado, mercado”. Buenos Aires, Proyecto Editorial. 2002

JAIM ETCHEVERRY, Guillermo. “En la era del dinero”. Revista Encrucijada, Revista de la Universidad de Buenos Aires, N° 12, Año 2001.

KROTSCH, Pedro. “Sistemas educativos y reformas comparadas”. Buenos Aires Universidad Nacional de Quilmes. 2000

KROSTCH, Pedro “La Universidad argentina en transición: ¿del Estado al mercado?”. Revista de Ciencias Sociales. Buenos Aires. 2000.

LOPEZ MEYER, Cristina – ROITBERG Humberto. “”Problemáticas de la Universidad pública. Calidad – evaluación, financiamiento y mercado”, en IRIARTE, Alicia, comp.. “El laberinto de la educación superior argentina de los noventa”. Buenos Aires, Proyecto Editorial. 2002

PAVIGLIANITI, Norma – NOSIGLIA, María Catalina – MARQUINA, Mónica. “Recomposición conservadora. Lugar afectado la universidad”. Buenos Aires. Miño Dávila. 1996

PAVIGLIANITI , Norma. “Bajo la lupa. Propuestas del Banco Mundial para la educación argentina”. Revista Meridianos, N°6 Publicación Ciclo Básico Común, UBA, 1995

PUIGROS, Adriana. “Universidad, proyecto generacional y el imaginario pedagógico”. Buenos Aires, Paidós, 1993

PUIGROS, Adriana. “La otra reforma.. Desde la educación menemista al fin de siglo. Buenos Aires, Editorial Galerna, 1997

RAGGIO, Ana María – VILAVICENCIO, Susana. “¿Para qué la Universidad?”  
Revista de Ciencias Sociales, N° 46, junio, Buenos Aires 2001

SCHWARTZMAN, Simón, “La Universidad como Empresa económica”.  
[www.airbrasil.org.br/simón/valdivia.htm](http://www.airbrasil.org.br/simón/valdivia.htm)

TROW, Martín. “Confianza, mercados y rendición de cuentas en la educación superior”. Revista Pensamiento Universitario. Buenos Aires. Año 6 N°7. octubre 1998.

DIARIOS

Clarín

Nación

Página 12